

- *Hiroshima y Nagasaki: El peor crimen de guerra del mundo y los países dispuestos a cometerlo otra vez*
- *De Hiroshima, de John Hersey*

Hiroshima y Nagasaki: El peor crimen de guerra del mundo y los países dispuestos cometerlo otra vez

3 de agosto de 2015. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. “Ese fatídico verano, a las 8:15 am, el rugido de un B-29 rompe la calma de la mañana. Un paracaídas se abre en el cielo azul. De repente, un resplandor, una enorme explosión, luego silencio. Es el infierno en la Tierra”.

“Los ojos de las pequeñas niñas que observaban el paracaídas se derritieron. Sus rostros se convirtieron en gigantescas ampollas carbonizadas. La piel de la gente que buscaba ayuda les colgaba de las uñas. Se les ponían los pelos de punta. Su ropa estaba hecha jirones. Los que quedaron atrapados en las casas que se vinieron abajo por la explosión fueron quemados vivos. Otros murieron cuando los ojos y los órganos internos se les salieron. Hiroshima era un infierno en el que aquellos que de algún modo sobrevivieron envidiaban a los muertos”. (De una declaración del alcalde de Hiroshima, Tadatoshi Akiba, en el acto conmemorativo del 6 de agosto 2007, en una petición de librar el mundo de armas nucleares).

“Una mujer que protegió sus ojos del resplandor, al bajar las manos vio que la piel de su rostro se había derretido en sus palmas... Cientos de trabajadores del campo y otros, lloraban y gritaban aturridos. Algunos perdieron partes de su cuerpo, y otros tenían quemaduras tan graves que, aunque estaban desnudos, Yoshida no podía saber si eran hombres o mujeres. Vio a una persona a la que le colgaban del rostro los globos oculares, las cuencas vacías”. (De *Nagasaki, Life After Nuclear War* de Susan Southard, Viking, 2015)

Hace 70 años Estados Unidos se convirtió en el primer y único país en utilizar armas nucleares.

El 6 de agosto de 1945, un bombardero estadounidense soltó una bomba atómica sobre un hospital en Hiroshima, una ciudad japonesa de poca importancia militar. La bomba iba sujeta a un paracaídas y ajustada para que explotara en el aire y así maximizar la cantidad de personas que quedarían expuestas a la letal radiación. Unos 140 mil habitantes de esta ciudad fueron asesinados o quedaron tan mal heridos que murieron en pocos meses.

Cuando le informaron al presidente estadounidense Harry Truman sobre la explosión que había ordenado, exclamó jubiloso: “Es lo más grandioso de la historia”. Para demostrar lo “grandiosa” que fue la bomba atómica, tres días después, el 9 de agosto, EEUU lanzó otra bomba, destruyendo la ciudad de Nagasaki y asesinando a 70 mil personas más. Muchos años de sufrimiento por cáncer y otras enfermedades causadas por el envenenamiento por radiación les deparaba a los sobrevivientes y a sus hijos. El reciente libro de Susan Southard, que se basa en entrevistas a sobrevivientes realizadas en la última década, describe cómo algunos quedaron tan monstruosamente desfigurados que los niños huían de ellos. El hecho de que unas 192 mil víctimas todavía vivan demuestra que esto no es historia antigua.

Estados Unidos ocupó Japón luego de que la guerra terminara poco después, y censuró los artículos de prensa que relataban el horror ocurrido. A cambio, periódicos como el *New York Times* repitieron como loros las mentiras oficiales, negando la existencia de enfermedades causadas por la radiación y minimizando la gravedad y el carácter especial de la devastación causada por las armas nucleares, las cuales el gobierno estadounidense en ese entonces estaba considerando usar contra la URSS. El general a cargo del desarrollo de la bomba le dijo al Congreso que la muerte por radiación era “una forma muy apacible de morir”.

Estados Unidos desató la era nuclear en los últimos días de la II Guerra Mundial. Alemania ya se había rendido. La economía de Japón estaba destruida y su capital hecha cenizas con los bombardeos; a su ejército le habían infligido derrotas decisivas. Muchos historiadores creen que Japón se habría rendido sin el bombardeo atómico. El propósito de la bomba no solo fue asegurarse de que Estados Unidos y sus aliados ganaran la guerra sino, aún más, asegurarse de que únicamente Estados Unidos se beneficiara de la rendición de Japón.

Estados Unidos estaba decidido a no permitir que la Unión Soviética le impidiera asumir el papel que tenía Japón como la principal potencia de Asia. La URSS todavía era un país socialista en ese entonces, aunque una década después tomaría un camino diferente. Se había aliado con EEUU durante la guerra contra Alema-

nia y Japón, pero incluso antes de que terminara la guerra EEUU le mostraba los colmillos a la URSS y se disponía a dominar gran parte del mundo.

Ya no existe la URSS pero EEUU y otros países siguen amenazando al mundo con un holocausto nuclear. EEUU, Reino Unido, Francia, Rusia, China, India, Pakistán, Corea del Norte e Israel tienen miles de ojivas nucleares, y los misiles, aviones y submarinos para usarlas. (Nota: Esta lista no incluye a Irán, a pesar de la histeria atizada por el heredero de Truman en la presidencia, Barack Obama).

Durante su campaña para la presidencia en 2008, Obama prometió que buscaría el desarme nuclear. El comité que le concedió el Premio Nobel de Paz al año siguiente citó el acuerdo por “un mundo libre de armas nucleares” que firmó con Rusia. (Si Obama mereció el Premio Nobel de Paz por esto, también lo merecía el presidente ruso Vladimir Putin).

Sin embargo, el tratado no buscaba eso. Permitió que cada una de las partes mantuviera 1.550 armas nucleares estratégicas desplegadas y listas, sin contar las almacenadas (Rusia ya tiene menos de eso). Muchas son considerablemente más poderosas que las bombas que devastaron Hiroshima y Nagasaki. Las miles de bombas nucleares tácticas que no están incluidas en el acuerdo son, de muchas maneras, mucho más peligrosas que las estratégicas, porque se concibe su uso para la doctrina militar oficial común, y una vez empiece un intercambio nuclear nadie puede decir en qué acabará. Hoy no se vislumbra una guerra mundial nuclear, como sí se vislumbraba en varios momentos en el clímax de la rivalidad entre EEUU y la URSS por el dominio del mundo desde los años 60 hasta los 80. Sin embargo, por lo único que se tienen armas nucleares es para poder usarlas.

Aunque hoy la carrera armamentística entre Estados Unidos y Rusia ya no se trata de acumular todo un arsenal de bombas nucleares, Obama ha lanzado una campaña de un billón [un millón de millones] de dólares para modernizar las instalaciones de su país para la fabricación de bombas nucleares, para producir misiles, submarinos y bombarderos nuevos o repotenciados, y actualizar las ojivas existentes. Hay informes de que Rusia está actualizando sus vehículos para el despliegue nuclear. Reino Unido está realizando esfuerzos similares (la modernización de su arsenal nuclear y una nueva flotilla de submarinos con misiles balísticos Trident) al igual que Francia (nuevos misiles aire-tierra con ojivas nucleares). En vez de trabajar para confinar al pasado las armas nucleares, estos programas buscan garantizar que se puedan usar en el futuro.

Cuando le pidieron explicar el aparente viraje de Obama al respecto, uno de sus asesores señaló “la invasión de Putin a Ucrania” (*New York Times*, 21 de septiembre de 2014). Este es un perfecto ejemplo de la actitud de la Guerra Fría cuando ambas superpotencias imperialistas estaban dispuestas a arriesgarse a destruir el mundo en vez de perder la disputa por controlarlo. La amenaza implícita de usar armas nucleares para “proteger” a Ucrania —en otras palabras, impedir que Rusia desafie los intereses geopolíticos de EEUU— es una completa locura desde el punto de vista de los intereses de la población de Ucrania y del mundo.

En cuanto a combatir el terrorismo islamista, actual pretexto para la intervención militar estadounidense y europea en el Medio Oriente, si se define terrorismo como el asesinato de civiles inocentes por un propósito político, entonces rara vez ha habido un acto terrorista más horrendo en sus consecuencias o en mayor escala que el bombardeo nuclear a Hiroshima y Nagasaki. □

De Hiroshima, de John Hersey

3 de agosto de 2015. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. *El novelista y periodista estadounidense John Hersey fue a Hiroshima luego del bombardeo del 6 de agosto de 1945, y regresó al siguiente año con el fin de realizar entrevistas para un artículo de revista y posteriormente un libro que ayudó a abrirles los ojos a varias generaciones. Fue prohibido en Japón durante la ocupación estadounidense. Los siguientes extractos de su Hiroshima (Turner, Madrid, 2002) se centran en los relatos de dos sobrevivientes.*

Exactamente a las ocho y quince minutos de la mañana, hora japonesa, el 6 de agosto de 1945, en el momento en que la bomba atómica relampagueó sobre Hiroshima, la señorita Toshiko Sasaki, empleada del departamento de personal de la Fábrica Oriental de Estaño, acababa de ocupar su puesto en la oficina de planta y estaba girando la cabeza para hablar con la chica del escritorio vecino.

En ese mismo instante, el doctor Masakazu Fujii se acomodaba con las piernas cruzadas para leer el *Asahi* de Osaka en el porche de su hospital privado, suspendido sobre uno de los siete ríos del delta que divide Hiroshima; la señora Hatsuyo Nakamura, viuda de un sastre, estaba de pie junto a la ventana de su cocina observando a un vecino derribar su casa porque obstruía el carril cortafuego; el padre Wilhelm Kleinsorge, sacerdote alemán de la Compañía de Jesús, estaba recostado —en ropa interior y sobre un catre, en el último piso de los tres que tenía la misión de su orden—, leyendo una revista jesuita, *Stimmen der Zeit*; el doctor Terufumi Sasaki, un joven miembro del personal quirúrgico del moderno hospital de la Cruz Roja, caminaba por uno de los corredores del hospital, llevando en la mano una muestra de sangre para un test de Wasserman; y el reverendo Kiyoshi Tanimoto, pastor de la Iglesia Metodista de Hiroshima, se había detenido frente a la casa de un hombre rico en Koi, suburbio occidental de la ciudad, y se preparaba para descargar una carretilla llena de cosas que había evacuado por miedo al bombardeo de los B-29 que, según suponían todos, pronto sufriría Hiroshima.

La bomba atómica mató a cien mil personas, y estas seis estuvieron entre los sobrevivientes. Todavía se preguntan por qué sobrevivieron si murieron tantos otros. Cada uno enumera muchos pequeños factores de suerte o voluntad —un paso dado a tiempo, la decisión de entrar, haber tomado un tranvía en vez de otro— que salvaron su vida. Y ahora cada uno sabe que en el acto de sobrevivir vivió una docena de vidas y vio más muertes de las que nunca pensó que vería.

En aquel momento, ninguno sabía nada... Entonces cortó el cielo un resplandor tremendo. El señor Tanimoto recuerda con precisión que viajaba de este a oeste, de la ciudad a las colinas. Parecía una lámina de sol. Tanto él como el señor Matsuo reaccionaron con terror, y ambos tuvieron tiempo de reaccionar (pues estaban a 3.200 metros del centro de la explosión). El señor Matsuo subió corriendo las escaleras, entró en su casa y se lanzó de cabeza entre los bultos de sábanas. El señor Tanimoto dio cuatro o cinco pasos y se arrojó entre dos rocas grandes del jardín. Se dio un fuerte golpe en el estómago contra una de ellas. Como tenía la cara contra la piedra, no vio lo que sucedió después. Sintió una presión repentina, y entonces le cayeron encima astillas y trozos de tablas y fragmentos de teja. No escuchó rugido alguno. (Casi nadie en Hiroshima recuerda haber oído nada cuando cayó la bomba...).

Cuando finalmente se atrevió, el señor Tanimoto levantó la cabeza y vio que la casa del hombre de los rayones se había derrumbado. Pensó que una bomba había caído directamente sobre ella. Se había levantado una nube de polvo tal que había una especie de crepúsculo alrededor. Aterrorizado, incapaz de pensar por el momento que el señor Matsuo estaba bajo las ruinas, corrió hacia la calle... Lo primero que vio en la calle fue un escuadrón de soldados que habían estado escarbando en la ladera opuesta, haciendo uno de los mil refugios en los cuales los japoneses se proponían resistir la invasión, colina a colina, vida a vida; los soldados salían del hoyo, y la sangre brotaba de sus cabezas, de sus pechos, de sus espaldas. Estaban callados y aturcidos. Bajo lo que parecía ser una nube de polvo del lugar, el día se hizo más y más oscuro...

No había sido fácil para Hatsuyo Nakamura. Su marido, Isawa, había sido reclutado justo después del nacimiento de Myeko, y ella no había tenido noticias suyas hasta el 5 de marzo de 1942, día en que recibió un telegrama de siete palabras: "Isawa tuvo una muerte honorable en Singapur"... Isawa no había sido un sastre particularmente exitoso, y su único capital era una máquina de coser Sankoku. Después de su muerte, cuando su pensión dejó de llegar, la señora Nakamura sacó la máquina y empezó a aceptar trabajos a destajo, y desde entonces mantenía a los niños —pobrecamente, eso sí— mediante la costura.

La señora Nakamura estaba de pie, mirando a su vecino, cuando todo brilló con el blanco más blanco que jamás hubiera visto. No se dio cuenta de lo ocurrido a su vecino; los reflejos de madre empezaron a empujarla hacia sus hijos. Había dado un paso (la casa estaba a 1.234 metros del centro de la explosión) cuando algo la levantó y la mandó como volando al cuarto vecino, sobre la plataforma de dormir, seguida de partes de su casa.

Trozos de madera le llovieron encima cuando cayó al piso, y una lluvia de tejas la aporreó; todo se volvió oscuro, porque había quedado sepultada. Los escombros no la enterraron profundamente. Se levantó y logró liberarse. Escuchó a un niño que gritaba: "¡Mamá, ayúdame!", y vio a Myeko, la menor —tenía cinco años— enterrada hasta el pecho e incapaz de moverse. Al avanzar hacia ella, abriéndose paso a manotazos frenéticos, la señora Nakamura se dio cuenta de que no veía ni escuchaba a sus otros niños...

Desde el montículo, el señor Tanimoto vio un panorama que lo dejó estupefacto. No sólo una zona de Koi, como había creído, sino también la parte entera de Hiroshima que podía ver a través del aire turbio des-

pedían un miasma denso y espantoso. Aquí y allá, macizos de humo habían comenzado a abrirse paso a través del polvo. Se preguntó cómo daños semejantes podían haber salido de un cielo silencioso; incluso unos pocos aviones volando alto hubieran sido detectados.

Las casas vecinas se quemaban; cuando comenzaron a caer gotas de agua del tamaño de una canica, el señor Tanimoto creyó que venían de las mangueras de los bomberos que luchaban contra el incendio. (En realidad, eran gotas de humedad condensada que caían de la turbulenta torre de polvo, aire caliente y fragmentos de fisión que ya se había elevado varios kilómetros sobre Hiroshima.)... [El señor Tanimoto] pensaba en su esposa y su bebé, su iglesia, su hogar, sus parroquianos, todos hundidos en aquella oscuridad horrible. Una vez más comenzó a correr de miedo: pero esta vez corría hacia la ciudad.

Después de la explosión, la señora Hatsuyo Nakamura, la viuda del sastre, salió con gran esfuerzo de entre las ruinas de su casa, y al ver a Myeko, la menor de sus tres hijos, enterrada hasta el pecho e incapaz de moverse, se arrastró entre los escombros y empezó a tirar de maderos y a arrojar baldosas en un esfuerzo por liberar a la niña. Entonces escuchó dos voces pequeñas que parecían venir de cavernas profundas: “*Tasukete! Tasukete!* ¡Auxilio! ¡Auxilio!”.

Pronunció los nombres de su hijo de diez años, de su hija de ocho: “¡Toshio! ¡Yaeko!”. Las voces que venían de abajo respondieron.

La señora Nakamura abandonó a Myeko, que al menos podía respirar, y frenéticamente lanzó los destrozos por los aires. Los niños habían estado durmiendo a más de tres metros el uno del otro, pero ahora sus voces parecían provenir del mismo lugar. El niño, Toshio, tenía al parecer cierta libertad de movimiento, porque su madre lo podía escuchar socavando la montaña de madera y baldosas al tiempo que ella trabajaba desde arriba. Cuando por fin lo vio, se apresuró a tomarlo de la cabeza para sacarlo. Un mosquitero se había enredado intrincadamente en sus pies como si alguien los hubiera envuelto con cuidado. Dijo que había saltado por los aires a través de la habitación, y que bajo los escombros había permanecido sobre su hermana Yaeko. Ahora ella decía, desde abajo, que no podía moverse porque había algo sobre sus piernas. Escarbando un poco más, la señora Nakamura abrió un hueco encima de la niña y empezó a tirar de su brazo. “*Itai!* ¡Duele!”, exclamó Yaeko. La señora Nakamura gritó: “No hay tiempo de ver si duele o no”, y jaló a la niña entre lloriqueos. Entonces liberó a Myeko. Los niños estaban sucios y magullados, pero no tenían ni una cortada, ni un rasguño.

La señora Nakamura los sacó a la calle. No tenían nada puesto, salvo sus interiores, y, aunque el día era cálido, confusamente se preocupó de que fueran a pasar frío, así que regresó a los destrozos y hurgó en ellos buscando un atado de ropas que había empacado para una emergencia, y vistió a los niños con pantalones, camisas, zapatos, cascos de algodón para bombardeos llamados *bokuzuki* e incluso, absurdamente, con abrigos. Los niños estaban callados, salvo Myeko, la de cinco años, que no paraba de hacer preguntas: “¿Por qué se ha hecho de noche tan temprano? ¿Por qué se ha caído nuestra casa? ¿Qué ha pasado?”. La señora Nakamura, que ignoraba qué había pasado..., miró a su alrededor y a través de la oscuridad vio que todas las casas de su barrio se habían derrumbado. La casa vecina, la que estaba siendo demolida por su dueño para abrir un carril cortafuegos, había sido completamente demolida (si bien de forma algo rudimentaria); el dueño, que había querido sacrificar su hogar por la comunidad, yacía muerto...

[El señor Tanimoto] corrió de vuelta al puente Kannon y durante un tramo siguió el recorrido de uno de los ríos. Ensayó varias calles transversales, pero todas estaban bloqueadas... Para entonces estaba tan impresionado por la vastedad del daño que corrió más de tres kilómetros hacia el norte, hacia Gion, un suburbio al pie de las colinas... En Gion, se abrió paso hacia la orilla derecha del río principal, el Ota, y siguió su curso hasta encontrar incendios de nuevo... junto a un templo Shinto; al darse vuelta para flanquearlo se topó, en un golpe de suerte increíble, con su esposa. Ella llevaba a su niña en brazos. El señor Tanimoto estaba emocionalmente tan agotado que nada podía sorprenderlo. No abrazó a su esposa; simplemente le dijo: “Ah, estás a salvo”. Ella le contó que había... quedado enterrada bajo la parroquia con el bebé en sus brazos. Contó cómo los destrozos la habían aplastado, cómo había llorado la niña. Había visto una grieta de luz y con una mano la alcanzó y la fue agrandando poco a poco. Después de una media hora, le llegó el chisporroteo de la madera quemándose. Al fin logró ampliar la apertura lo suficiente para sacar al bebé, y enseguida salió también ella, arrastrándose. Dijo que ahora se dirigía de nuevo a Ushida. El señor Tanimoto dijo que quería ver su iglesia y ayudar a la gente de la Asociación de Vecinos. Se separaron tan casualmente —y tan perplejos— como se habían encontrado.

La gente siguió llegando en tropel al parque Asano durante todo el día. [...] La señora Nakamura y sus hijos estuvieron entre los primeros en llegar, y se instalaron en el bosquecillo de bambú cerca del río. Todos estaban sedientos, y bebieron agua del río. De inmediato sintieron náuseas y comenzaron a vomitar, y todo el día sufrieron arcadas. Otros tuvieron náuseas también; pensaron (probablemente debido al fuerte olor de la ionización, un “olor eléctrico” producido por la fisión de la bomba) que era un gas lanzado por los norteamericanos lo que los hacía sentirse enfermos. Cuando el padre Kleinsorge y los otros sacerdotes llegaron al parque, saludando a sus amigos al pasar, los Nakamura estaban enfermos y abatidos. Una mujer llamada Iwasaki, que vivía en la vecindad de la misión y estaba sentada cerca de los Nakamura, se levantó y preguntó a los sacerdotes si debía quedarse donde estaba o ir con ellos. El padre Kleinsorge dijo: “No sé cuál sea el lugar más seguro”. Ella se quedó donde estaba; más tarde, aunque no tenía ni heridas ni quemaduras visibles, murió.

Cuando llegó el señor Tanimoto, todavía con su tazón en la mano, el parque estaba repleto de gente y no era fácil distinguir a los vivos de los muertos, pues la mayoría tenían los ojos abiertos y estaban inmóviles. Para un occidental como el padre Kleinsorge, el silencio en el bosquecillo junto al río, donde cientos de personas gravemente heridas sufrían juntas, fue uno de los fenómenos más atroces e imponentes que jamás había vivido. Los heridos guardaban silencio; nadie lloraba, mucho menos gritaba de dolor; nadie se quejaba; de los muchos que murieron, ninguno murió ruidosamente; ni siquiera los niños lloraban; pocos hablaban siquiera. Y cuando el padre Kleinsorge dio a beber agua a algunos cuyas caras estaban cubiertas casi por completo por las quemaduras, bebían su ración y enseguida se levantaban un poco y hacían una venia de gratitud....

La mañana del 20 de agosto, mientras se vestía en casa de su cuñada en Kabe, la señora Nakamura —que no había sufrido corte ni quemadura alguno, aunque había sentido náuseas— notó al peinarse que el cepillo se llevaba un manojo entero de pelo; la segunda vez, ocurrió lo mismo, así que de inmediato dejó de peinarse. Pero durante los tres o cuatro días que siguieron, su pelo siguió cayéndose solo, hasta que se quedó casi calva. Comenzó a vivir dentro de la casa, prácticamente escondida. El 26 de agosto, tanto ella como su hija Myeko se despertaron sintiéndose débiles y muy cansadas, y se quedaron en cama. Su hijo y su otra hija, que habían compartido con ella todo lo ocurrido durante y después de la bomba, se sentían perfectamente. Casi al mismo tiempo, el señor Tanimoto cayó repentinamente enfermo: sentía malestar general, cansancio y fiebre... Ninguno de los cuatro lo sabía entonces, pero comenzaba a afectarlos la extraña y caprichosa enfermedad que después sería conocida como radiotoxemia...

Un año después de la bomba, la señorita Sasaki había quedado lisiada; la señora Nakamura se encontraba en la indigencia; el padre Kleinsorge estaba de nuevo en el hospital; el doctor Sasaki era incapaz de hacer el trabajo que antes hacía; el doctor Fujii había perdido el hospital de treinta habitaciones que tantos años le costó adquirir, y no tenía planes de reconstruirlo; la iglesia del señor Tanimoto estaba en ruinas, y él ya no contaba con su excepcional vitalidad. Las vidas de estas seis personas, que se contaban entre las más afortunadas de Hiroshima, habían cambiado para siempre...

Sería imposible saber qué horrores quedaron grabados en la memoria de los niños que vivieron el día del bombardeo de Hiroshima. Superficialmente, sus recuerdos, meses después del desastre, parecían ser los de una excitante aventura. Toshio Nakamura, que tenía diez años en el momento de la bomba, fue capaz muy pronto de hablar con libertad, incluso con desparpajo, acerca de la experiencia, y algunas semanas antes del aniversario escribió, para su profesor de la Escuela Primaria de Nobori-cho, un ensayo en el cual se ceñía a los hechos: “El día antes de la bomba fui a nadar un rato. En la mañana estaba comiendo cacahuets. Vi una luz. Caí sobre el lugar donde dormía mi hermana pequeña. Cuando nos salvaron, yo sólo alcanzaba a ver hasta el tranvía. Mi madre y yo comenzamos a empacar nuestras cosas. Los vecinos caminaban por ahí heridos y sangrando. Hatayasan me dijo que huyera con ella. Dije que quería esperar a mi madre. Fuimos al parque. Hubo un torbellino. En la noche se quemó un tanque de gas y yo vi el reflejo en el río. Pasamos una noche en el parque. Al día siguiente fui al puente Taiko y me encontré con mis amigas Kikuki y Murakami. Buscaban a sus madres. Pero la madre de Kikuki estaba herida y la madre de Murakami, lamentablemente, estaba muerta”. □